

transformadora de los espíritus que el Cristianismo ejerce para acercar las almas a Dios y que se vale, además de los medios altísimos puramente espirituales, de toda forma y modo sensible, para ganar afectos y mover, y convencer y persuadir, acomodándose sabiamente a nuestra condición presente, que por el plano del sentido se desliza. Tiene un fin estético puramente, y otro fin sobrenatural, que hácele subir a un plano de apostolado y marca las obras artísticas con un sello de espiritual consagración.—Aun, en este superior aspecto y función, tiene necesidad de un realismo noble y fiel, y cuanto más belleza derrame en los rostros de sus vírgenes y mártires y santos, tanto más se acercará a la perfección de su ideal, y más hondamento penetrará en las almas para rendirlas y purificarlas; pero el realismo aquí, más que en todo otro aspecto del arte, ocupa el lugar ínfimo, el esplendor de la belleza física está sometido por entero y ciegamente condicionado, al gran fin de producir un destello vivo y fuerte de la belleza espiritual, que captive con toda pasión y vehemencia, con ardor no acostumbrado en la pura emoción estética.

Que el Arte Cristiano logre producir estos efectos salutíferos y vivificantes, y ya se le puede perdonar cualquier defecto técnico y la omisión

